

HISTORIA DE ROMA.
ORÍGENES

© del texto: Pedro Ángel Fernández Vega, 2025
© de esta edición: Arpa & Alfíl Editores, S. L.

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-10313-46-0
Depósito legal: B 3370-2025

Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Anna Juvé
Maquetación: El Taller del Llibre
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en Sant Andreu de la Barca

Este libro está hecho con papel proveniente de Suecia, el país con la legislación más avanzada del mundo en materia de gestión forestal. Es un papel con certificación ecológica, rastreable y de pasta mecánica. Si te interesa la ecología, visita arpaeditores.com/pages/sostenibilidad para saber más.

Arpa
Manila, 65
08034 Barcelona
arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Pedro Ángel Fernández Vega

HISTORIA DE ROMA.
ORÍGENES

arpa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE. FUNDAR ROMA	
1. Solo hay sitio para uno: la primera Roma	17
2. Entre dioses, mitos y reyes	49
SEGUNDA PARTE. ECHAR AL REY	
3. El despertar de la vocación dominadora de Roma	71
4. Reyes extranjeros	87
5. La monarquía tiránica	119
TERCERA PARTE. <i>LIBERTAS</i> : LA REPÚBLICA FRENTE AL TIRANO	
6. Tiempo de héroes: la estabilización de la República	139
7. La República bajo amenaza	167

CUARTA PARTE. LA REBELIÓN DE LA PLEBE CONTRA
EL ORDEN PATRICIO

- | | |
|--|-----|
| 8. De la esclavitud por deudas a la rebelión | 197 |
| 9. El despertar del populismo y la reacción | 233 |

QUINTA PARTE. SED DE LEYES

- | | |
|--|-----|
| 10. Hacia un marco legislativo | 259 |
| 11. Los decenviros. y las XII tablas de la ley | 287 |

EPÍLOGO 311

REFERENCIAS 323

BIBLIOGRAFÍA 339

INTRODUCCIÓN

Una Roma prístina de mitos y fábulas se desdiseña en una nebulosa donde la leyenda y la tradición ceden paso a los acontecimientos históricos, al debate político y al enfrentamiento social. Rómulo y Remo, Rea Silvia, las sabinas raptadas, el gran rey sacerdote Numa Pompilio, la ultrajada Lucrecia o el ejemplar Coriolano se suceden en este relato sobre la Roma de los orígenes que no reniega de héroes y mitos como fuente de conocimiento de la historia. Este es el primer volumen de una *Historia de Roma* de afán comunicativo, que aspira a no dejarse enzarzar en los debates académicos, aunque los mencionará. Prevalecerá el sentido narrativo, didáctico y de disfrute del género histórico en sus orígenes clásicos.

Una visión crítica sobre la Roma de los primeros tiempos recuerda necesariamente que ese relato que nos ha llegado es fruto de un legado transmitido y recuperado por escrito varios siglos más tarde, más de medio milenio después de la loba capitolina. Ha sido muy cuestionado y está sometido a una revisión crítica profunda con ayuda de los datos que la arqueología o la epigrafía van desvelando. Sin embargo, mitificada o fabulada, se trata de la crónica romana

sobre los tiempos más remotos de Roma. Es lo que ha quedado. Esencias de Roma. No solo importa la acción verídica, también el mensaje mismo, un licor filtrado y decantado durante generaciones. Nada hay tan genuinamente romano como la tradición. Este no es un libro de deconstrucción del relato de los orígenes de Roma: al contrario, nace para recuperarlo y darlo a conocer como un producto cultural con un trasfondo de relato histórico recreado, el que ha llegado. No ha sido posible crear otro, a lo sumo especular sobre la falsedad del legítimo. Conviene conocerlo.

Los prodigios, los portentos, las epidemias, las hambrunas, los estupros sacrílegos, las vestales sepultadas vivas, los designios de los pontífices o los auspicios interpretados por los augures tienen cabida en una narración sobre la vida civil de Roma. La guerra es una constante, pero queda fuera del haz de luz de nuestro foco, salvo cuando condiciona dramáticamente la vida de la población o cuando se utiliza arteramente por los cónsules para escapar a la presión social de la plebe.

Y el lector va descubriendo, al hilo de la crónica, la manipulación a la que fue sometida la población por parte del poder, sirviéndose de los resortes religiosos, de la declaración de guerras, de los miedos y supersticiones ante los prodigios, y, llegado el caso, hasta de la violencia, la represión, el crimen de Estado y las teorías de la conspiración.

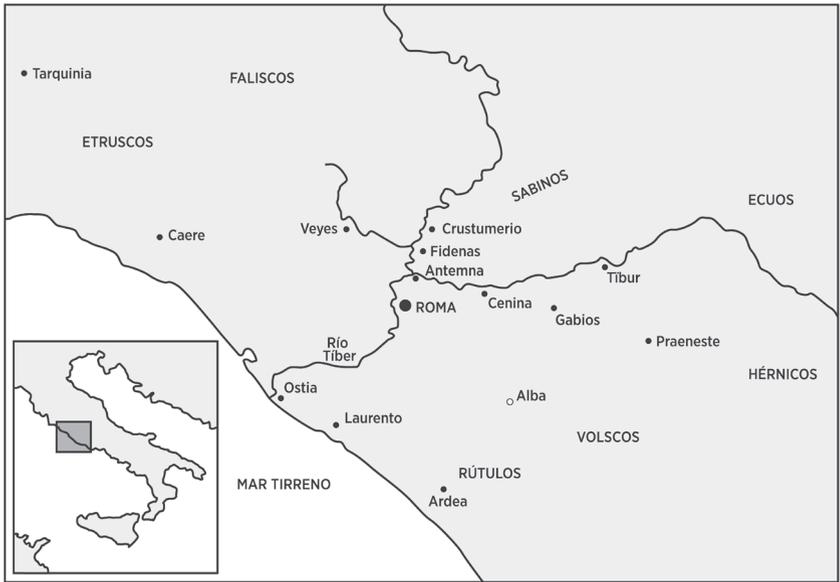
Hemos escrito una historia de los orígenes de Roma desde su fundación, de cómo aparece y evoluciona la monarquía, de cómo la aristocracia patricia modela y controla el poder, de cómo perpetra la expulsión de los reyes de Roma y acapara así toda la autoridad de la naciente *res publica*, el nuevo régimen que enarbola la bandera de la *libertas* como fuente de la legitimidad constitucional y del ejercicio del poder.

Y en el relato descubrimos que esa clase política encubrió bajo el deslumbrante manto púrpura de la libertad su

decidida voluntad de crear un régimen de privilegios políticos, sociales y sacerdotales. En poco tiempo, la mayor parte de la plebe, el pueblo sin nobleza y sin fortuna, echará de menos la atemperación monárquica, la esperanza de moderación que el arbitraje regio podría haber ejercido sobre un orden fundado en la propiedad y en los valores patriarcales y gentilicios, el orden de los senadores. Fue sentido y vivido como una opresiva losa, que limitaba y amenazaba con sepultar a los más desfavorecidos en beneficio de la aristocracia patricia y senatorial.

La república romana, el modelo elogiado y admirado durante las centurias más recientes por algunas de las repúblicas europeas y, sobre todo, por la norteamericana, fue en efecto un régimen de *libertas*, pero nunca se propuso la igualdad, nunca reconoció ni pretendió avanzar hacia la *isonomía* propia de la democracia ateniense. La redacción del primer cuerpo de leyes de Roma, las XII Tablas, se le arrancará contra su voluntad al orden patricio, tras una sostenida lucha política, de reivindicaciones, insumisiones y hasta sediciones o abandonos de Roma, por parte de la plebe.

Echar al rey —Roma así lo prueba— no constituye un fin en sí mismo en el devenir político de los pueblos. La república se torna una alternativa política a consolidar. La perspectiva de la historia demuestra que una constitución no nace acabada. Siempre es perfectible, aunque su clase política se resista a asumirlo. Es entonces cuando el pueblo se alza contra la desigualdad y la opresión. Como efecto de la dialéctica de esas tensiones sociales, las tradiciones ceden paso al progreso.



PRIMERA PARTE
FUNDAR ROMA

I

SOLO HAY SITIO PARA UNO: LA PRIMERA ROMA

EL INCESTO ORIGINAL

Un incesto estuvo en el origen de Roma. Se trató de una violación. La sufrió Rea Silvia, hija de rey y sobrina de un usurpador que había arrebatado el trono de Alba Longa a su propio hermano. Númitor era el padre de Rea Silvia y Amulio, el usurpador. Según la tradición, Amulio se comportó como un criminal astuto: había hecho asumir a Rea Silvia los votos de virgen vestal. Supuestamente le había concedido un honor. En realidad, pretendía evitar que tuviera descendencia. Al ingresar como sacerdotisa de Vesta y quedar consagrada al cuidado del fuego perpetuo, comprometía su virginidad durante los años que permaneciera desempeñando la dignidad oficial, que iban a ser los de su vida fértil.

Los mitos de los orígenes de Roma se tiñen de crudeza. Sobre la castidad de Rea Silvia no hay duda: su condición consagrada fue forzada y se cometió incesto, se transgredió un tabú.

Una versión de lo ocurrido, la más prosaica, la de Tito Livio, establece simplemente que alguien la forzó. En Dionisio de Halicarnaso y en Ovidio, sin embargo, se encuen-

tra un mito más elaborado: el incesto ocurrió en el bosque de Marte cuando la sacerdotisa había ido a buscar agua pura para los sacrificios. Lo perpetró un incierto culpable. La versión más perversa pretende que se trataba de su propio tío Amulio, el usurpador, vestido de guerrero para ocultar su identidad. De hecho, en torno al mito subyace, de un modo u otro, la presencia del dios de la guerra, Marte, al que estaba dedicado el lugar donde ocurrió el incesto. Algunos culpaban a la estatua del dios que allí había de lo ocurrido, y no faltan quienes pretenden que la autoría correspondió al dios mismo, pues la noche se hizo de repente, en pleno día, para ocultar la violación. Marte habría dado pruebas de su verdadera identidad: una estatura y una belleza sobrehumanas.

El destino estaba escrito, en cualquier caso. El violador mismo, fuera quien fuera, aseguró a la joven vestal que no debía afligirse. Se habían cumplido los designios divinos: ella tenía ya depositada en su vientre la simiente para engendrar a dos héroes, superiores a los demás mortales. Y, después de pronunciarse así, el estuprador quedó envuelto por una nube que se elevó al cielo llevándose. Certificó de ese modo la veracidad de sus afirmaciones con una prueba de su poder.

La predestinación late en el relato de los orígenes de Roma. Se pretende que hubo una voluntad divina rigiendo lo que debía ocurrir. La mortal era de estirpe real y además vestal. No podría haber transgresión más grave. El culto a Vesta, o a la griega Hestia, queda establecido como una práctica prístina, innata, que se remonta a etapas insondables previas a la propia Roma.

El mito otorga carta de naturaleza a posiciones patriarcales que cosifican e instrumentan a la mujer, al tiempo que establecen ideales de virginidad, castidad, y hasta de sometimiento.

Por otro lado, la paternidad remite por acción directa o por apariencia, y hasta por el lugar donde ocurrió, a una dei-

dad muy concreta: Marte, dios de la guerra, como si congénita fuera la condición belicosa a la estirpe romana que estaba por engendrarse.

Los mitos sobre los orígenes de Roma se reelaboran durante centurias y nos son transmitidos por escritores que compilan las tradiciones más de medio milenio después. En la prolongada decantación que alumbra los mitos se destilan efluvios de mentalidad, esencias de civilización.

SALVADOS DE LAS AGUAS

Rea Silvia, al percibir los primeros indicios de su embarazo, confió entonces a su madre lo ocurrido, sumida en la zozobra y el temor por haber perdido la condición virginal que se le exigía mantener. Su madre le aconsejó que fingiera estar enferma por su seguridad, porque, después de todo, era impura para continuar desempeñando sus obligaciones de culto. Las demás vestales asumieron entonces las tareas rituales que le correspondían a Rea Silvia. Con todo, no engañó largo tiempo a su tío Amulio que se mantenía vigilante. Quizá lo supiera si fue él mismo quien la había violado, o tal vez sospechó. Envió médicos a tratarla, pero las vestales los mantuvieron apartados con la excusa de que se trataba de asuntos femeninos. Así que Amulio encargó a su propia esposa que fuera a visitarla y vigilara a Rea Silvia. Ella intuyó el embarazo. El rey puso bajo guardia a su sobrina de modo que nada escapara a su control. Y el momento del parto llegó.

La tradición de antaño liberaba a la vestal que había roto su castidad de morir enterrada viva, tal y como establecería posteriormente la justicia sacerdotal en Roma. Entonces la pena era otra: la muerte por azotes con varas, así como la eliminación, en cuanto naciera, en la corriente del río, del fruto concebido por incesto.

No hay versión unánime sobre la suerte final de Rea Silvia. Tal vez murió o tal vez fue encerrada en prisión. La hija de Amulio, su prima y amiga desde la infancia, habría intercedido por ella.

Sobre los niños recién nacidos la tradición pretende que Amulio encargó a sus criados que se alejaran de Alba Longa y los abandonaran a la corriente del río.

Quiso el destino que el río bajara crecido y desbordado de su cauce. La riada del Tíber llegaba hasta el pie del Capitolio, y los sirvientes de Amulio no pudieron avanzar más adentro. Allí depositaron a las criaturas, pero la corriente no los arrastró, sino que se remansó, y la canastilla en la que los dejaron depositados flotó y quedó estancada. Los gemelos la hicieron volcar y se revolviéron en el lodo.

No se cumplió el deseo del rey Amulio, como tampoco se cumpliría el del faraón egipcio en otro conocido mito. Los dos pequeños nacidos del vientre de Rea Silvia, salvados de las aguas como Moisés, se hallaban protegidos por unos designios divinos superiores a los mandatos regios. Habían nacido predestinados. Su salvación entrañaba la prueba de esa predestinación. Existe una diferencia notoria entre ambos casos: la tradición judía salva a un futuro patriarca; la tradición romana salva a dos niños, no a un solo infante. El destino de Roma no era monárquico, sino que se antojaba diárquico.

UNA LOBA MATERNAL... O VENAL

No hay escena más instalada en el imaginario colectivo sobre Roma que la de la loba que salva y amamanta a los dos niños fundadores de la urbe. Se había acercado al río a beber y, por el llanto de los gemelos, los localizó. Lejos de encarnizarse con ellos, los lamió y les ofreció sus mamas. De manera intuitiva, los bebés lactaron de la loba y salvaron

la vida. En una versión más elaborada intervendría, además, un pájaro carpintero que también los alimentaba y custodiaba. Loba y pájaro carpintero son animales consagrados a Marte. Velaban así por cumplir con la voluntad del dios padre.

Una cueva al pie del Palatino, llamada Lupercal, mantuvo durante el resto de la historia de Roma la tradición de ser el lugar en el que la loba amamantara a los niños, cerca de una higuera conocida como Ruminal, junto a la que encalló el canasto. Aquel suceso se conmemoraba cada 15 de febrero con las fiestas conocidas como Lupercales, de atávicos ritos: se sacrificaba una cabra, y tal vez un perro, y se hacían ofrendas de pasteles elaborados por las vestales. Después, los Lupercos, un grupo de ciudadanos adolescentes, protagonizaban un rito de paso y transitaban desnudos por Roma azotando con tiras de la piel de cabra recién inmolada los cuerpos de las mujeres romanas que encontraban. Seguían así una práctica que propiciaba que quedaran encintas.

En cualquiera de las versiones sobre el mito de los niños abandonados interviene irremediamente una madre humana de adopción. El mayoral del rey llamado Fáustulo sorprendió a la loba lamiendo a los gemelos y comprendió que se trataba de un prodigio, que aquello entrañaba una voluntad divina. Así que los recogió y los llevó a casa para que su esposa Larentia los cuidara. Una nueva casualidad del destino quiso que Larentia hubiera dado a luz recientemente y hubiera perdido a su hijo, de modo que pudo criarlos en su pecho.

Una versión menos amable del mito la ofrecen Tito Livio y Plutarco: Aca Larentia era en realidad la loba, una prostituta. Queda establecida así una interpretación más racional y descarnada del mito. Más verosímil. La *lupa* no fue un cánido feroz de instinto maternal (una loba), sino una mujer que, a ojos de Roma, redimió para la posteridad su reputación de mujer infame mediante una memorable ac-



Mosaico romano de la loba con Rómulo y Remo (300-400 d. C.).
Museo de la Ciudad de Leeds

ción. Hubiera o no hubiera una loba de cuatro patas previamente, fue Larentia quien los amamantó, la que los sacó adelante, y ella y Fáustulo les pusieron el nombre de Rómulo y Remo.

Los propios romanos bromeaban con el hecho de que fueran unos hijos de «mala madre». Y, con todo, la buena obra de Larentia habría servido para otorgar carta de naturaleza a la prostitución en el seno de una sociedad patriarcal. Roma establecía los ideales femeninos en la virginidad de las niñas hasta que eran núbiles y alcanzaban la edad de contraer matrimonio, y en la castidad de las matronas, de modo que la prostitución no solo se toleraba y disculpaba socialmente, sino que se entendía necesaria: entrañaba un remedio para aplacar la pujanza viril y las veleidades sexuales de los varones, salvaguardando la virtud de las matronas romanas.

LOS CUATREROS DERROCAN AL TIRANO

Una historia de iniquidad y abusos exige un restablecimiento de la justicia. Los hijos adoptados por la loba corrieron idéntica suerte a la del rey persa Ciro el Grande, quien supuestamente fue amamantado por una perra. Vinieron al mundo en las circunstancias más adversas, pero salieron adelante con el éxito que les tenía deparado el destino. Crecieron y descollaron dando muestras de fortaleza.

En la continuación del relato, reaparece el abuelo Númerito, padre de Rea Silvia, y al que su hermano Amulio había arrebatado el trono. Ha pasado a ser un sencillo ganadero. Una versión más amable dice que sus nietos entraron en disputa con él por el aprovechamiento de unos pastos comunales, pero otra versión presenta a Rómulo y Remo en circunstancias poco honorables: encabezando una banda de cuatreros que roban

reses en tierras de Númitor, como si el instinto feral de la madre loba los impeliera a hacerlo. Finalmente, Remo es apresado y cae en manos de su abuelo. Númitor, hombre de gran prudencia, se deja entonces guiar por la intuición. La edad del joven y el hecho de que tuviera un hermano gemelo le trajo a la memoria la incierta suerte que había conocido acerca de los hijos de su hija Rea Silvia, abandonados por mandato del rey.

Las diversas versiones de lo ocurrido conducen en todo caso a un mismo desenlace. Se desvela el auténtico origen familiar de los dos hermanos. Para ello jugará un papel esencial el canasto en el que habían sido entregados a la corriente del Tíber. Poseía unas letras inscritas que delataban a la casa de Amulio y apuntaban al conocido suceso del abandono de los infantes. Tras identificar a Rómulo y Remo como sus nietos, el abuelo Númitor los instiga a alzarse contra el impopular Amulio. Rómulo concita a los pastores en torno al palacio real. Remo acude al mando de otro grupo de fuerzas alistadas por Númitor. El tirano acaba muerto; degollado, según Dionisio de Halicarnaso.

Rómulo y Remo no solo han hecho justicia: han restablecido el orden natural derrocando al monarca usurpador. En el proceso, han culminado un brillante rito de paso. Los jóvenes se han hecho adultos mientras demostraban sus cualidades innatas de liderazgo. Se han rehabilitado a su verdadera condición como portadores que eran de legítima sangre real.

EL ALIVIO DE LA FUNDACIÓN DE ROMA

Alba Longa era demasiado pequeña para un abuelo restablecido a su poder y sus nietos victoriosos. Han sido, además, capaces de alistar fuerzas foráneas para derrocar a Amulio. Tras recuperar Númitor su trono, él y sus nietos honraron la memoria de Rea Silvia, la vestal violada. Lue-

go, sea porque Númitor prefirió distanciar el peligro, o porque sus nietos, hijos putativos de Marte que ya habían dado prueba de su sangre guerrera, lo desearan, le pareció mejor que se alejaran. Por deseo de su abuelo, que los despidió proveyéndolos de hombres y pertrechos generosamente, y de ellos mismos, emprendedores, marcharon a fundar una ciudad en el mismo solar donde fueron abandonados, donde la loba los encontró y amamantó. Sobraba población en el Lacio y en la propia Alba Longa. Por su parte, el nuevo núcleo recién fundado iniciaba así su larga tradición de convertirse en lugar dispuesto a dar asilo a quien llegara. Con albanos y latinos, con pastores y cuatrerros, Roma asumía entonces una vocación, que no dejaría de mantener durante siglos, de lugar hospitalario, de faro de acogida. La urbe podía atraer tanto a un esclavo huido como a un itálico empobrecido que escapaba de las garras de sus acreedores, o incluso a un asesino huido de la justicia. La sociedad de los orígenes de Roma es ya la propia de un territorio de frontera, ávido de pobladores, tierra de promisión y de posibilidades.

Y quiere la tradición, además, que, desde el principio, un proyecto emprendido a dúo por los hermanos quede abocado a engendrar división entre ellos. Cada cual acaudillará un grupo de seguidores. Al parecer ambos tomaron sus posiciones: Rómulo se inclinó por establecerse en el monte Palatino y Remo prefirió asentarse en la colina del Aventino con los suyos. No solo no lograron ponerse de acuerdo, sino que la semilla de la discordia prendió entre ellos. Pero ni la tradición ni las leyes establecían una prelación: el derecho de primogenitura no podía aplicarse entre hermanos gemelos. Ante la rivalidad parecía oportuno que fueran los augurios determinados por Júpiter los que dilucidaran. Así se lo recomendó su abuelo Númitor. Rómulo y Remo iban a ejercitar por vez primera un derecho, el de conocer los auspicios, que asistía al linaje de los reyes de Alba Longa. Tenían

el privilegio de ser augures, sacerdotes que podían consultar la voluntad divina a partir de la observación del vuelo de los pájaros o de los rayos.

LOS PRIMEROS AUGURIOS DE ROMA: LA VOLUNTAD DE LOS DIOSES TERGIVERSADA

Decisiones cruciales estaban por tomarse. Había que saber quién de ellos, Rómulo o Remo, daría nombre a la ciudad una vez fundada, si sería el Palatino o el Aventino el que acogería a la ciudad misma y, en definitiva, estaba por dilucidar quién debía regir los destinos fundacionales de Roma.

En este punto de los relatos míticos, la simbología de la narración cobra mayor proyección. Dos predestinados han llegado, pero solo queda espacio para un elegido. Los hermanos gemelos se antojan premonitorios de los dos cónsules que, andando el tiempo, regirán los destinos de la república romana.

De hecho, también esos cónsules recabarán cada año, antes de acceder al cargo, los augurios, como hicieron Rómulo y Remo. Los sacerdotes augures escudriñarán con ellos las regiones del cielo divididas en dos para apreciar los presagios favorables a la investidura. Y durante centurias habrá un cónsul patricio y un cónsul plebeyo, como hubo un hermano que optó por la Roma del Palatino, la de vocación aristocrática y patricia, y otro por la del Aventino, llamado entonces Remonio o Remuria, el monte que se definirá por su vocación plebeya. No hablamos de predestinación, sino de tradiciones forjadas durante centurias que reinterpretan el pasado en clave de presente histórico, aunque se compilan y escriben unos cuantos siglos más tarde.

Un fragmento que ha pervivido de Casio Hémina relata que los pastores les atribuyeron a Rómulo y Remo «por con-

senso y sin disputa, una autoridad igual» y que se produjo entonces un portento: nacieron treinta cerditos de una lechona. Para conmemorarlo, inauguraron un altar a los Lares Grundiles. De tanta concordia, que se antoja una premonición del poder bicéfalo de los dos cónsules, no quedó nada. La versión del mito que se ha impuesto no resulta muy edificante. Tampoco el mito lo pretendía seguramente. Responde más bien a las debilidades de la condición humana, ambiciosa y, si es preciso, ventajista y tramposa. Fieles a sus propósitos, Rómulo observó y aguardó auspicios sobre el Palatino, y Remo en lo alto del Aventino. En cada una de las cimas prepararon su templo augural, un pequeño recinto de observación y se aprestaron por separado a observar los signos.

Hay coincidencia en las versiones de Livio, Plutarco, Diodoro de Sicilia y Ovidio: Remo vio seis aves, buitres, según coinciden casi todos ellos. A partir de ahí comienzan las dudas: ¿fue cierto que Rómulo llegó a ver el doble, doce buitres, o lo fingió? Y aun en el caso de que viera Rómulo sus doce buitres, ¿no había observado antes Remo sus seis ejemplares? En esos términos, la querrela entre ambos quedará lejos de cerrarse.

Como remoto precedente de los debates políticos que durante siglos se abrirían durante la república en torno a los augurios, lo descrito resulta muy sintomático: los augures intervendrían en las tomas de posesión de los cónsules y tanto podían otorgar su asentimiento como diagnosticar un vicio en los ritos o la condición adversa de los presagios observados. Así, unos magistrados electos podían ver cómo sus carreras quedaban truncadas de manera insospechada. No ocurriría habitualmente, pero los augurios constituyeron un fusible con el que los augures, cuya condición compatibilizaban con la de senadores, y por tanto con la de políticos, podían dictaminar inopinadamente. Normalmente asentían y reconocían auspicios favorables, pero ocasionalmente se

opusieron, y lo hicieron generalmente contra líderes de opinión de la plebe. Podían abortar una elección en el momento de la toma de posesión. Desde el principio, la toma de augurios, nacida para orientar la senda a seguir, queda sometida a la controversia partidaria.

Nada se decidirá en Roma sin consultar el beneplácito de los dioses. El poder no provendrá de ellos por más que Rómulo y Remo pudieran ser hijos de Marte. Sin embargo, los dioses deberán otorgar su complacencia para que los magistrados asuman el cargo.

FRATRICIDIO CAINITA

La hostilidad latente entre Rómulo y Remo estaba lejos de aplacarse. El desenlace exigiría prescindir de uno de ellos. Diodoro de Sicilia refiere que el proceder artero de Rómulo en relación con los augurios no convenció a Remo y a su gente. Hubo guerra, y en el campo de batalla caería primero Fáustulo, el padre adoptivo de los gemelos que, al no lograr detener el combate entre los hermanos y sus huestes respectivas, se lanzó al fragor de la lucha para interponerse. Allí halló la muerte. También cayó el propio Remo.

La versión que más se repite, sin embargo, es otra: Rómulo parece haber quedado triunfante en la consulta de auspicios merced a sus doce buitres y el drama, entonces, se desata durante el ritual de fundación de las murallas. Rómulo manda excavar un foso hasta alcanzar la roca y en él deposita frutos en ofrenda, apelando a la prosperidad, y los cubre de tierra. Encima coloca un altar y hace fuego. Y, a continuación, procede a arar con un buey y una vaca blancos, uncidos al yugo, el surco por el que habrá de trazarse la muralla. Invoca a Júpiter, así como al padre Marte y a la madre Vesta, para que le asistan en la fundación de la ciudad.

Versifica Ovidio lo ocurrido entonces, diciendo que Júpiter envió auspicios favorables, pues tronó por la izquierda y se vio un rayo por la derecha. Rómulo encargó a continuación a un tal Céler que construyera la muralla. Estaba en obras cuando Remo se mofó de la envergadura que tenía la fortificación y saltó por encima para demostrar que estaba lejos de ser segura. La reacción de Céler fue inmediata: por haber quebrantado lo inviolable y haberse comportado como lo haría un enemigo, saltando el cerco ya consagrado de la muralla, golpeó a Remo con una pala y le ocasionó la muerte. Después, huyó con tanta celeridad como acabará evocando para la posteridad su nombre. Fuera porque protegió a su capataz, o porque, en otras versiones, fue el mismo Rómulo quien se indignó y mató de su propia mano a su hermano al pie de la muralla, el desenlace es el mismo: Remo sucumbe. Las manos de Rómulo no quedan sin mancha.

El mito es cainita. Resulta ineludible evocar a Caín y Abel en los primeros tiempos de la humanidad; o a Jacob y Esaú, hijos mellizos de Isaac, disputando el derecho de primogenitura; o a Osiris engañado y descuartizado por su hermano Seth antes de resucitar. Todos ellos son mitos sobre los orígenes que muestran analogías indudables y en los que se desatan los instintos más bajos entre hermanos que portan la misma sangre.

Cuando Rómulo se reafirme en su acto de justicia letal, y prometa la misma muerte a cualquiera que franquee las murallas, establecerá una maldición fundacional e insoslayable, que antepone por encima de todo la seguridad y la salvaguardia de los que se encuentran dentro del recinto murado ritualmente consagrado.

En este caso se dirimía mucho más que eso. Al morir Remo, Rómulo pudo poner ya su nombre a la ciudad. La fundación de Roma había merecido un sacrificio humano.



Busto en mármol del dios Marte
(finales del siglo IV d. C.)